

## ¿REPÚBLICA O MONARQUÍA?

**EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS**

---

Hace unas semanas, recibía el correo de un amigo en el que me decía, escuetamente, y con la energía que suele ser habitual en él, que «es la segunda vez que te requiero para no recibir más tu Boletín monárquico que tanto daño hace a la unidad, la libertad y el futuro de España» (imagino que se refería al digital que a título personal emito un par de veces por semana). Lo cierto es que quedé desconcertado por cuanto dicho Boletín en ningún momento tiene visos monárquicos ni de ninguna otra forma política de Estado o de gobierno. En primer lugar, porque quien dirige el Boletín, a pesar de sus años, todavía no ha elegido al respecto, y cada vez lo tiene más obtuso ya que la vida y la historia le van confirmando que ni un sistema ni el otro son para confiar plenamente, aunque haya habido casos puntuales en los que el país haya prosperado gracias a un sistema o al otro. Postura que, en diferentes momentos, se ha hecho constar en el citado Boletín, precisamente por la intención de pretender ser imparcial al respecto, aunque no por eso abdicamos de nuestro punto de vista en política, haciendo hincapié repetidamente, cada día que viene al caso, que tal como funciona el negocio de la política en España ésta no es de fiar, que es preciso tomar rápidamente medidas serias para encaminar a la nación por una ruta digna, teniendo en cuenta para ello lo que me dice mi amigo días después: apoyados en los «valores universales (también se denominan eternos) que han acompañado al hombre desde el origen de la civilización occidental: el bien, la verdad, la justicia». Quizá habría que engrosar esos valores con otros más que acompañan o deben acompañar al hombre, aunque, de momento, podemos dejarlo como está.

Evidentemente los estados han de adoptar una forma determinada de encabezar la dirección de por dónde han de ir los pasos a dar en la historia. Pero cualquiera que sea, por lo que vemos, no es suficiente ni fácil elegir de entre las existentes en el mercado, y más difícil resulta si tenemos en cuenta las variantes de cada una. O si nos decidimos por alguna, y lo hacemos, no será baldío tener en cuenta unas puntualizaciones muy precisas al respecto. Ya sabemos lo que dijo Churchill de que «la democracia es el menos malo de los sistemas políticos», pero, naturalmente, lo soltó dentro de un contexto que convendría analizar. Porque si ahora tomamos la frase tal cual, y seguimos diciendo lo mismo a pies juntillas, hay que empezar por ver a los hombres en su estado presente, –pues no en todos los tiempos son iguales– y valorarlos, por el momento, sin tener en cuenta, la agrupación por partidos políticos que funciona con la exclusiva intención de instalar en el estado sus ideas políticas –cada cual las suyas, naturalmente– y conducir las estructuras del país y la sociedad entera de acuerdo con un programa preestablecido sin posibilidad de ensortijar con otro. Y decimos partido político, pero igual podemos hablar de sindicatos, de movimientos independentistas, de bandas de asesinos, de egoísmos territoriales, de feminismos desquiciados, de intenciones de globalizar el mundo haciendo desaparecer las naciones, etc. Y después de

saber cómo es por sí mismo ese hombre, evaluarlo en ese círculo que se mueve de donde recibe influencias y adquiere buenas formas o malos modos, que de todo hay.

La prueba de lo que decimos la tenemos entre nosotros mismos, en nuestra tierra querida, en España, no es preciso buscar por ahí. Desde la Transición (habrá que hablar más de la Transición) España ha pasado por muy distintos devaneos en cuestión política, y siempre a tenor del partido político que ocupaba el poder. Pero, a su vez, también ha recibido influencia según quien fuera la persona que ejercía de jefe del Gobierno porque, es evidente, no todos pensamos igual ni queremos lo mismo, aunque guisemos en la misma cocina. No era igual cuando se encontraba en el poder la llamada derecha que cuando estaba la conocida como izquierda. Incluso, cuando han estado al frente del gobierno los Socialistas, las formas y fines han sido distintas a tenor, como decimos, del personaje que ostentara el poder. Unas fueron las hechuras de UCD o PP y distintas entre sí las del PSOE ya fuera presidente Felipe González, José Luis Rodríguez Zapatero o Pedro Sánchez. Evidentemente las dos últimas, mucho más bruscas, taimadas, tendenciosas con el renacimiento de la Guerra Civil y la vuelta a la república socialcomunista que, aunque se empeñen en querer traer a la actualidad, será difícil dado el cambio de los tiempos, y el recuerdo de lo nefasto que fueron aquellos momentos.

Porque si bien, según la Constitución, España se constituye en una monarquía parlamentaria con un articulado mediante el cual todo parece claro, lo cierto es que, entre las modificaciones sibilinas que se han introducido a través de las disposiciones que han ido surgiendo en el desarrollo de no pocos artículos, y las interpretaciones dadas por unos u otros según lo que en cada momento convenía a cada quién, no estamos nada seguros de si lo que dice la Constitución es lo que hay que respetar hoy día, o por el contrario hay que buscar en otro sitio cuál es la interpretación de última hora.

Conviene empezar aclarando quiénes fueron los que hicieron la «transición modélica» según reza en no pocos frontispicios. Porque no la hicieron los que llegaban saliendo a toda prisa de debajo de las alfombras; la hizo la generosidad de los que habían ganado la guerra, que ya antes habían perdonado a los responsables de la misma y todos sus desmanes, y en ese momento se amigaban en un abrazo definitivo para encarrilar una nueva España en beneficio de todos. Eso se pretendía, eso se escuchaba por todos los salones. Pero duró poco. Pronto los generosos se vieron sobrepasados por quienes empezaban a enseñar sus modos para volver a tiempos pretéritos que habían prometido olvidar, lo que no han dejado en ningún momento, traicionando sus promesas, pretendiendo engañar a los que habían colgado sus pretensiones para intentar marchar juntos todos, vinieran de donde fuera, enarbolaran hasta entonces la bandera que más les gustaba. Y por ese camino de no respetar lo pactado en su integridad, de querer confundir la realidad, de dar la vuelta al revés a los hechos acaecidos, hemos llegado al punto donde de nuevo parece imposible transcurrir juntos, unidos, próximos. No tardando demasiado se tuvo el primer tropezón –el 23 F–, supuesto golpe de Estado, del que hasta ahora no se ha hablado todo, y lo que se ha dicho, al parecer, no tiene mucho que ver con lo poco que contaban comedidamente los amigos que, de una u otra forma, tuvieron alguna aproximación al hecho. En ese momento los socialcomunistas ya enseñaban la oreja más de la cuenta pues empezaban con sus trapicheos dado que la Constitución no se ajustaba a sus pretensiones.

Respecto a la monarquía en sí, no vamos a entrar en detalles. Fue una decisión de Francisco Franco, quien desde siempre mantuvo la idea de hacer de España un Es-

tado monárquico, un reino como lo calificó, aunque se anduvo en escarceos de quién la podría representar, descartando de entrada a Don Juan, sin definirse sobre persona alguna hasta que decidió fuera el príncipe Juan Carlos.

Porque desde el fin de la Guerra Civil, hasta la Transición, España existió, aunque apenas figure por algunos lugares, ocupándose únicamente, tanto la derecha como la izquierda, de desprestigiar a Franco, tildándole de cuanto adjetivo oprobioso pudieron hallar en el diccionario, colgándole lo que sucedió antes, durante y después del conflicto bélico por culpa precisamente de la política y acciones de los dirigentes y las masas socialcomunistas y marxistas, tales como terrorista, asesino, dictador y todo aquello de lo que son maestros y han ejercido con profusión. Fueron unos años que es preferible no recordar por ser aciagos para quienes los vivieron en propia carne, porque otros prefieren olvidar penurias y sufrimientos, y los más cerriles debido a que perdieron la batalla. Pero esos años existieron, –lo ha retratado magistralmente el profesor Enrique de Aguinaga en su libro *En España hubo una guerra*, así como en no pocos volúmenes los cientos de historiadores que se han ocupado del tema– sin duda transcurrieron unos años tras otros, en los que vivimos unos cuantos millones de españoles, dando paso a varias generaciones, pasando de la miseria de un proletariado sin esperanzas a una clase media que iba comprando el piso y haciéndose con un 600; y se construyeron fábricas, apenas existía paro, se hicieron todas las reformas sociales existentes en la actualidad –incluso algunas más de las que existen ahora pues, por ejemplo, fueron suprimidas las mutualidades laborales absorbiendo los fondos creados hasta entonces–, se construyeron todos los embalses existentes, se hizo la red nacional de electricidad, se intentó comunicar unos ríos con otros para que las cuencas que vertían agua al mar pudieran enviarla a otras zonas más áridas, y un largo etcétera. Fueron unos años de intenso trabajo, de sacrificio de todos los que lo vivimos, de generosidad, que es imprescindible resucitar pues no se entiende la España actual si la hacemos saltar de 1939 a 1978 sin contar el intermedio. Es una historia plena la que hay que rescatar, guste o no guste, pues es la base de que unos puedan comprender a los otros, como se hizo en las generaciones que vivieron durante ese periodo, aunque hubiera rincones de odio, ansias de venganza, en mentes obtusas que no quisieron ver claro en un día soleado.

En esa España se cultivaron de forma exquisita esos valores que decía mi amigo de «unidad, libertad y futuro», junto a muchos más. Lo que poco a poco hemos ido destrozando.

Porque, ¿dónde estaba el misterio de ese enriquecimiento que se produjo a lo largo de casi 40 años? Tanto los valores indicados como los que no se han relacionado aunque se fueron acumulando en el hombre. Ese, el hombre, es la pieza fundamental que hace falta tanto sea en una monarquía como en una república como en una sociedad de cualquier tipo. Habría que empezar por convencer a los descarriados y a casi todos los españoles de que aquello no fue una dictadura, fue, como lo definió el profesor Luis Suárez en el *Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia*, un estado autoritario no un estado dictatorial; lo que levantó las iras de los actuales fabricantes de la historia de España hasta el punto de pedir a la Academia que cambiara dicha definición, a lo que se negó el profesor Suárez, sin que sepamos en este momento si se ha modificado contraviniendo «el derecho del autor a opinar lo que considere oportuno en sus escritos», que tanto defiende estos demócratas.

Por lo tanto, es incuestionable, la monarquía en España, de nueva planta, fue una decisión de Francisco Franco, lo que fue avalado mediante referéndum celebrado el 6 de julio de 1947, con el siguiente resultado: votos a favor, 14.145.163 (93,0%); votos en contra, 722.656 (4,7%); votos en blanco, 351.744 (2,3%); total votos emitidos, 15.219.563 (100%), de un censo con derecho a voto de 17.178.812, lo que supone un voto total del 88,6% y una abstención de 11,4%. Este resultado fue emitido libremente como lo certifica el total de 1.074.400 entre votos negativos y en blanco que los españoles dejaron en las urnas.

Volviendo atrás, antes hablábamos del hombre y sus circunstancias que diría Ortega, o el hombre y sus valores que decimos nosotros. Para cualquier cosa que se haga en esta vida se requiere que el hombre cuente con una personalidad, unos conocimientos, voluntad de acción y si ha de dedicarse a la vida pública, ha de estar dotado de honestidad y deseo de servicio a los demás. Es fundamental. No parece lógico que pueda ser ministro una persona que –sin menospreciar ninguna profesión u origen– de cajera de un supermercado salte al Parlamento y luego ocupe un ministerio; no puede ejercer cargo público una persona que no ha hecho nada en su vida, todo lo más pasar por una Universidad en la que obtener la licenciatura por los pelos, y luego ejercer de profesor ayudante un corto espacio de tiempo; no puede una persona indocumentada ser ministro de Hacienda, luego de Obras Públicas y después, si llega el caso, de Sanidad; así podríamos seguir hasta el infinito. Y en esa situación es en la que estamos, en el convencimiento de que, además de esa incapacidad, carecen de los valores que consideramos imprescindibles, y su misión es tirar para el partido político que le ha colocado en ese lugar. El sector privado es una muestra de que cualquiera no puede encaramarse a la dirección de una empresa, un Banco, una fábrica si no se tienen los conocimientos y la experiencia suficiente. Y–en el convencimiento de que el hombre es capaz de saltar todas las barreras si en ello pone su tesón, tiene una inteligencia fuera de lo normal y acumula la experiencia que va sacando de la vida– celebramos hayan existido personajes como Alfonso Escámez y Amancio Ortega que de lo más bajo han alcanzado cotas importantes; el primero de «botones» llegó a presidente del Banco Central, y el segundo de vendedor ambulante a una de las primeras fortunas del mundo, con más de 2.000 tiendas Zara por todo el orbe y más de 7.000 tiendas de su plataforma online en el planeta tierra. Y quien ha dirigido una empresa privada, aunque haya sido reducida, se imagina lo complejo que tiene que ser llevar los asuntos de un departamento estatal, comunitario o incluso municipal.

A estas alturas no vienen mal las palabras que un hombre de la trayectoria de Francisco Fernández Ordoñez, licenciado en Derecho con premio extraordinario de licenciatura, fiscal e inspector de Hacienda por oposición, secretario técnico del ministerio de Hacienda, presidente del INI, ministro de Hacienda, ministro de Justicia, que brujuleó en partidos que tenían las iniciales UCD, PAD, y al final cayó en el PSOE en tiempos de Felipe González. Pues bien, Fernández Ordoñez, siendo ministro, manifestó en un momento determinado de su vida pública, que «el peor ministro de Franco había sido mejor que el mejor de los ministros de después de la transición». Y lo decía cuando todavía había gente que se merecía el puesto en el que estaba. La razón era bien sencilla: Franco, el «dictador» que ejercía su autoridad dejando a los ministros trabajar después de saber lo que tenían que hacer, buscaba para cada lugar el mejor individuo que hubiera en España en esa materia. Y el elegido, después de conocer qué es lo que

se pretendía, desarrollaba la tarea que tenía que realizar, dando cuenta de cómo marcha cuando se lo pedían. No viene mal traer alguna anécdota digna de encomio. Se contaba en aquellos tiempos –y yo me lo creo conociendo al personaje– que siendo ministro de Trabajo José Antonio Girón de Velasco, cuando surgía un problema en la cuenca minera asturiana, cogía el coche y se iba solo a enfrentarse con los levantiscos a ver qué querían; y volvía con el problema resuelto. (¿Acaso algún ministro actual osaría tamaña intrepidez?; ¿si el vicepresidente segundo del Gobierno necesita una considerable cantidad de números de la Guardia Civil o de la Policía Nacional para que cuiden su casa!)

Es preciso y honesto reconocer que quien estaba al frente del Estado Español no era un cantamañanas que había salido de una acampada en la Puerta del Sol de Madrid. Francisco Franco había hecho la guerra del Rif, fue el jefe de la Primera Bandera de La Legión, a los 36 años recibe la graduación de general, es llamado para sofocar la revolución de Asturias, lo que hace al frente de La Legión, y una vez producido el alzamiento del 18 de julio es designado el 28 de octubre de 1936 como jefe del gobierno español. Quizá Franco se pasó un poco –como pensamos bastantes, no hay por qué negarlo– manteniendo esa jefatura del estado tanto tiempo, pero no cabe duda de que sirvió para encarrilar España, evitando meterla en la segunda Guerra Mundial, dirigir bien a los españoles para que levantaran la nación y la llevaran al momento de la Transición. Además, Franco era Jefe de Estado las 24 horas del día y los 365 días del año. Incluso cuando iba a cazar a los montes de Toledo (a Quintos de Mora o al Molinillo, por ejemplo), a pescar atún en el modesto yate Azor o salmón al Cares, o descansaba en el palacio de Ayete en San Sebastián, seguía atendiendo a los asuntos de España, manteniendo los célebres Consejos de Ministros de Ayete, teniendo a su lado un ministro de «jornada», y en alguna ocasión de allí salió un nuevo gobierno. Gobiernos que movía a tenor de por dónde giraban los vientos, tanto nacionales como internacionales, y de acuerdo a cómo convenía virar la ruta con nuevos nombres procedentes de determinados sectores.

Mi amigo, como decíamos antes, es de la creencia de que «no existen nuevos caudillos, ni nueva política, ni nada que merezca tal consideración. Existen, desde siempre, valores universales». Lo mismo digo yo sin ser ni monárquico ni republicano. Pero si no existen caudillos, o como los queramos llamar, habrá que fabricarlos, o buscarlos hurgando en los rincones más oscuros en los que deben estar escondidos, porque haberlos los hay; pues no es racional poner a cualquier indocumentado en el lugar en el que deben estar estos individuos especialmente capacitados. ¿Que no obedecen a las normas del partido, a las pretensiones del cabecilla de turno? ¡Eh ahí el problema! Porque si no cambiamos y seguimos con los mismos especímenes igual nos da una república, que una monarquía, pues estamos en manos de una dictadura que se viste de liberal y democrática.

En el fondo, lo que sucede es que mi amigo es un antimonárquico de cepa. Recuerdo cuando, hace muchos años, su padre escribía, y yo leía con gusto, la serie de artículos que bajo el título *Dere-pública*, aparecían en la revista universitaria titulada *La Hora*. No era agresivo en esos artículos a pesar de escribirlos en plena juventud, ni lo fue a lo largo de su vida en la que mantuvo la fe en esa forma de Estado, aunque él lo enfocaba desde otro ángulo completamente distinto al que ahora uno puede imaginar a

la vista de la parva que nos rodea. Ni lo fue nunca en los artículos que le pedí y me escribieron.

Y mi amigo sigue: «vuestro abrazo a las tesis propagandistas más cerriles de la derecha española, me sea imposible encontrar en vuestra publicación un comentario, un apunte, una crítica, un pequeño disgusto respecto a la actuación moral y política de Juan Carlos de Borbón y Borbón. Y sí todo lo contrario». No es cierto; que me lo señale. Sí hemos dicho que este momento no es el adecuado para entrar a saco en el tema. ¡Es lo que está esperando el social comunismo para levantar banderas y encontrar dónde canalizar toda la porquería existente en la política actual, incluso la suya que va surgiendo por los Juzgados a pesar de todos los esfuerzos que están realizando para ocultarlo! Hemos dicho que nos parece fuera de lugar que ahora se cuenten cosas sobre los deslices y trajines del rey Juan Carlos I, que no son novedad, pues no resulta difícil encontrar libros que los relatan con pelos y detalles, e incluso, en este tiempo de la televisión que vivimos, no son pocos los reportajes y cotilleos que se han ido vertiendo a lo largo de los años. Demasiados. Porque lo prioritario de lo que estamos convencidos es que hay que hacer limpieza en el país, una limpieza general y amplia. Hay que baldear España por todos los puntos de la rosa de los vientos, hay que poner en limpio quién es cada quién, y empezar a tirar piedras sobre ellos si es que alguno de los lanzadores está libre de culpa. Esa es la tarea que tenemos por delante todos los españoles. Unos después de purgar nuestras culpas y otros sin que sea necesario porque nunca cometieron pecado. Y después, buscar qué forma de gobierno deseamos tener eligiendo entre lo mejor de lo mejor, analizando unas y otras ofertas, y decantándonos por la más adecuada, por la que sea más difícil encenagar. Y, limpiada la casa, sabiendo como deseamos ser dirigidos y cuidados, en ese momento ocuparnos de la Constitución, aderezarla a los nuevos tiempos y poner en el artículo correspondiente cuál es la forma de jefatura de Estado que deseamos tener, con intención de no volver, en algunas generaciones, a empezar de nuevo con la cantata de lo que nos gusta o nos disgusta.

Mi querido amigo, mientras, ni monárquico ni republicano. Expectante de lo que tendrá que venir en el momento en el que a los españoles se les encienda la bombilla, o encuentren un «caudillo» –por llamarlo de alguna forma–, o adalid, o líder, o director de empresa, al que convertir en Jefe del Estado o de Gobierno, o de todo junto, según se decida, pero que sepa tratar a las personas para que tomen los mejores derroteros; cambien las litronas por un libro; en lugar de estar permanentemente con el móvil en la mano asistan a un concierto, una obra de teatro, clásico a ser posible; hagan deporte con los del barrio, el instituto, o la universidad, que no es preciso sea competitivo; tomen el pincel e intenten volcar en un lienzo sus sueños, sin que sean cuatro brochazos como los que se premian en Arco; viajen, ¡qué maravilla viajar!, pero no de turistas a lo chino; estudien lo que sea sin echarse para atrás por tener la profesión de fresador, por ejemplo, aunque sea teología; cuiden el alma, ¡oh, Señor, qué falta hace que nos ocupemos del alma!; y, sobre todo, para que aprendan a ser hombres –y mujeres, por supuesto– tirando al bacín la teoría del LGBT.

¿Que no existe un tipo con las características adecuadas para esa labor? ¡Mentira! Sí, los hay. Pero las ramas no nos dejan ver el bosque. Y estamos empeñados en mirar las ramas, cuidarlas, engrandecerlas, disfrutarlas absurdamente. Ese individuo existe, y existe la cohorte que puede sustituir de la mañana a la noche a la que ahora se pavonea por los edificios públicos.